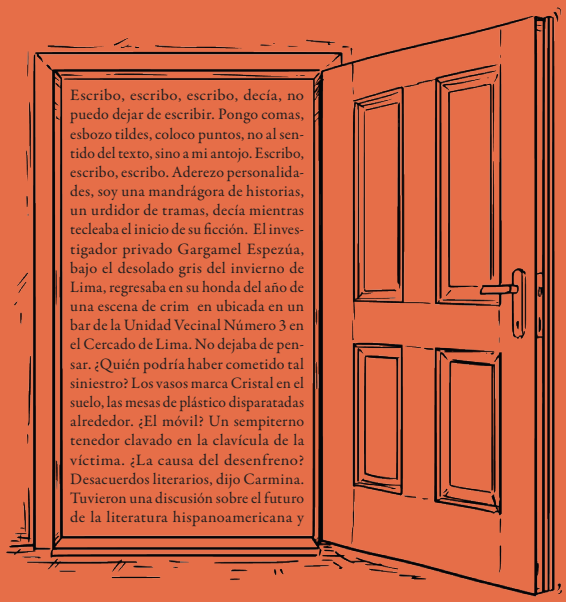
Nuevas letras en el aire

I Recital de Cuentos Cortos

EL ESCRIBIDOR

Carlos Daniel Ventura



Escribo, escribo, escribo, decía, no puedo dejar de escribir. Pongo comas, esbozo tildes, coloco puntos, no al sentido del texto, sino a mi antojo. Escribo, escribo, escribo. Aderezo personalidades, soy una mandrágora de historias, un urdidor de tramas, decía mientras tecleaba el inicio de su ficción. El investigador privado Gargamel Espezúa, bajo el desolado gris del invierno de Lima, regresaba en su honda del año de una escena de crim en ubicada en un bar de la Unidad Vecinal Número 3 en el Cercado de Lima. No dejaba de pensar. ¿Quién podría haber cometido tal siniestro? Los vasos marca Cristal en el suelo, las mesas de plástico disparatadas alrededor. ¿El móvil? Un sempiterno tenedor clavado en la clavícula de la víctima. ¿La causa del desenfreno? Desacuerdos literarios, dijo Carmina. Tuvieron una discusión sobre el futuro de la literatura hispanoamericana y

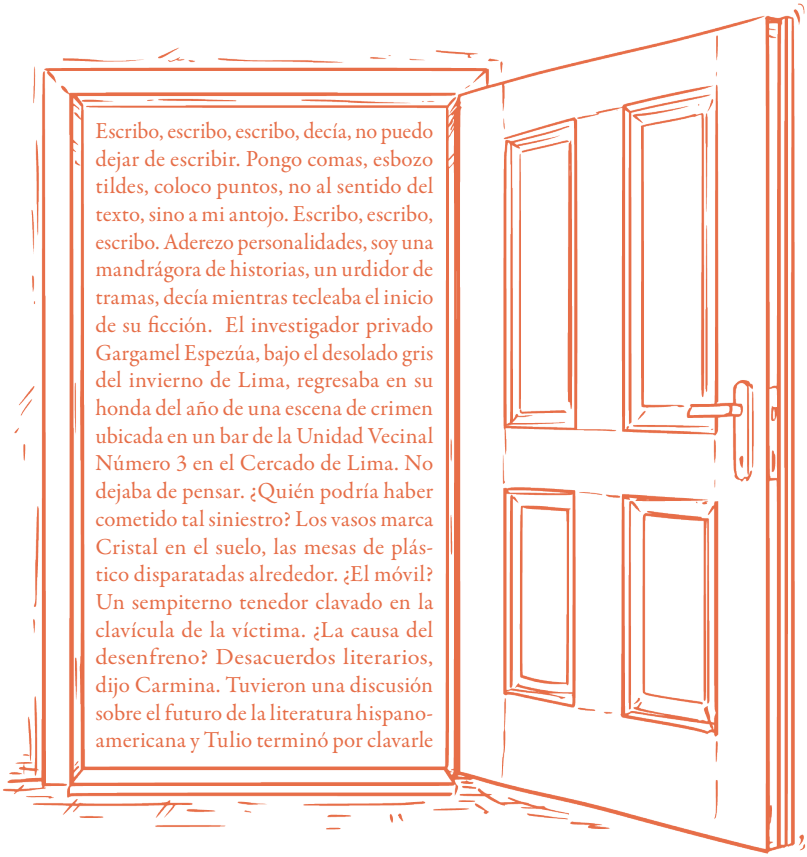
POR SIEMPRE BELLA
César Díaz Yamaguchi

CARNE DE CERDO
Rosario Ortega

LOOP SENIL
José Miguel Bellido

CON TODOS Y SIN NADIE
Kristel Dámaso

AMIR
Luis Olórtegui Ramos



Escribo, escribo, escribo, decía, no puedo dejar de escribir. Pongo comas, esbozo tildes, coloco puntos, no al sentido del texto, sino a mi antojo. Escribo, escribo, escribo. Aderezo personalidades, soy una mandrágora de historias, un urdidor de tramas, decía mientras tecleaba el inicio de su ficción. El investigador privado Gargamel Espezúa, bajo el desolado gris del invierno de Lima, regresaba en su honda del año de una escena de crimen ubicada en un bar de la Unidad Vecinal Número 3 en el Cercado de Lima. No dejaba de pensar. ¿Quién podría haber cometido tal siniestro? Los vasos marca Cristal en el suelo, las mesas de plástico disparatadas alrededor. ¿El móvil? Un sempiterno tenedor clavado en la clavícula de la víctima. ¿La causa del desenfreno? Desacuerdos literarios, dijo Carmina. Tuvieron una discusión sobre el futuro de la literatura hispanoamericana y Tulio terminó por clavarle

Nuevas letras en el aire

I Recital de Cuentos Cortos

Nuevas letras en el aire. I Recital de Cuentos Cortos

© Carlos Daniel Ventura, por «El escribidor»
© César Nelson Díaz Yamaguchi, por «Por siempre bella»
© Juana Inés Rosario Ortega Malqui, por «Carne de cerdo»
© José Miguel Bellido, por «Loop senil»
© Kristel Dámaso, por «Con todos y sin nadie»
© Luis Olórtegui Ramos, por «Amir»

© Nuevas letras en el aire
Dirección del proyecto: Gladys Chambilla
Organización y administración: Jackeline Peña
Edición y diagramación: Christian Cachay
Diseño del logo: Jackeline Peña

Primera edición digital: setiembre de 2021

Esta edición es gratuita su uso es de libre circulación. Queda prohibida su comercialización.

ÍNDICE

Presentación 7

El escribidor 9
Carlos Daniel Ventura

Por siempre bella 13
César Nelson Díaz Yamaguchi

Carne de cerdo 19
Juana Inés Rosario Ortega Malqui

Loop senil 25
José Miguel Bellido

Con todos y sin nadie 29
Kristel Dámaso

Amir 35
Luis Olórtegui Ramos

Acta del I recital de cuentos cortos 41

Solía escribir con el dedo grande en el aire

César Vallejo

PRESENTACIÓN

Este proyecto nace de un curso de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, el cual consiste en desarrollar proyectos culturales relacionados con la literatura. En este sentido, se propuso realizar un recital narrativo con el fin de convocar a estudiantes de Literatura que se dedicasen a la escritura creativa. De esta manera, a través del evento, se busca propiciar espacios donde jóvenes escritores puedan dar a conocer sus textos por medio de la narración oral.

Se integró un grupo de trabajo multidisciplinario con el objetivo de establecer un plan de ejecución para el día central. Por ello, se contó con la participación de Jackeline Peña, estudiante de administración, y Christian Cachay, estudiante de literatura enfocado en la línea editorial. Como producto final, desarrollamos un libro que contiene los cuentos narrados en el I Recital de Cuentos Cortos titulado «Nuevas letras en el aire».

Este libro convoca seis cuentos, un cuento ganador y cinco finalistas elegidos por jurados especializados. Los textos nos demuestran el talento de sus escritores para seguir desenvolviéndose en este ámbito creativo. Esperamos contribuir a la difusión de las nuevas generaciones de autores peruanos. Tenemos el propósito de seguir brindando este espacio a más estudiantes de Literatura, ya que creemos fundamental contribuir a la difusión de sus cuentos; así como, también, motivar el interés por la lectura en voz alta de los textos narrativos.

Gladys Chambilla Aleluya
Directora del Recital de Cuentos Cortos

EL ESCRIBIDOR

Carlos Daniel Ventura

Primer puesto

Carlos Daniel Ventura (Lima, 2001) Estudia Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Actual delegado de la base 19 de la escuela de Literatura. Ha participado como ponente en el XXVI Coloquio de Estudiantes de Literatura PUCP con el trabajo «De ocho en ocho me figuro: La construcción de la Nación en el octosílabo de Gabriela Mistral y Nicomedes Santa Cruz».

El escribidor

Escribo, escribo, escribo, decía, no puedo dejar de escribir. Pongo comas, esbozo tildes, coloco puntos, no al sentido del texto, sino a mi antojo. Escribo, escribo, escribo. Aderezo personalidades, soy una mandrágora de historias, un urdidor de tramas, decía mientras tecleaba el inicio de su ficción. El investigador privado Gargamel Espezúa, bajo el desolado gris del invierno de Lima, regresaba en su honda del año de una escena de crimen ubicada en un bar de la Unidad Vecinal Número 3 en el Cercado de Lima. No dejaba de pensar. ¿Quién podría haber cometido tal siniestro? Los vasos marca Cristal en el suelo, las mesas de plástico disparatadas alrededor. ¿El móvil? Un sempiterno tenedor clavado en la clavícula de la víctima. ¿La causa del desenfreno? Desacuerdos literarios, dijo Carmina. Tuvieron una discusión sobre el futuro de la literatura hispanoamericana y Tulio terminó por clavarle el tenedor, recordaba el investigador privado Gargamel Espezúa. Siguió su camino a lo largo de la avenida Canadá. Giró a la derecha en Santa Catalina e ingresó a la calle Raymundo Cárcamo donde vivía. Alzó la puerta levadiza, guardó el auto y se bajó. Las pizarras de su garaje estaban vacías. No tenía más indicios del crimen que las palabras de la joven y la marca distante en el cuerpo del

fallecido. Se encaminó a su dormitorio. Saludó a su ama de llaves mientras subía las escaleras. Dio unos cuántos pasos más, giró la perilla de su habitación y se encerró. ¿Dónde podría obtener mayor información del siniestro? No encontró lo suficiente en el bar. El asesino tenedorístico había escapado profesionalmente. Ni un rastro, ni una huella que señale su dirección. Pero sabía su nombre. Encendió su ordenador y googleó ansioso las palabras Tulio Loayza. Encontró cuentos, poemas, novelas en un sinfín de páginas web. «Tulio Loayza, creador de los poemojis», leía el investigador, «fundador del Grupo Blanca Luna», «verdadero renovador de la poesía de Oriente y Occidente». Minucioso, precavido, Gargamel Espezúa seguía adentrándose en la lectura. No se le escapaba ningún dato, ningún signo ortográfico. Se apoderaba de la historia, se encariñaba con los personajes, creíase él mismo actuar en la trama conforme seguía leyendo. Finalmente, había encontrado algo. Listo, se decía el escribidor. Cerró la pantalla de su laptop, estiró las piernas y se regocijó del triunfo de la ficción armada. En el cénit de su éxtasis, golpearon levemente la puerta del dormitorio. Se recompuso. Giró la perilla y abrió. Un investigador privado le apuntaba temerariamente con su arma.

POR SIEMPRE BELLA

César Díaz Yamaguchi

Finalista

César Nelson Díaz Yamaguchi (Tokio, 1995) cursa la carrera de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima. En el año 2019, ganó un pequeño concurso en su facultad con su cuento «Rosas». Trabajó escribiendo mangas, cómics y novelas visuales. Próximamente, publicará su primer conjunto de relatos titulado *Sombras sin cuerpo*.

Le tomaron una foto mientras leía un libro. Estaba sonriendo con una mirada perdida e inocente. Se sorprendió mucho al verse retratada de forma tan natural y espontánea. No tardó en cambiar su foto de perfil en redes e incluso usar la misma como fondo de pantalla del celular. Había pasado poco tiempo, pero todos sus contactos ya comentaban su cambio de *look*. Salía muy bien y eso la alegraba, la hacía sonreír de repente, en cualquier lado de su casa o de la calle.

En la universidad la comenzaron a saludar de una manera muy distinta: con respeto y humor. Los chicos se acercaban, parecían curiosos y seductores como nunca antes. Querían conversar con ella por lo menos un ratito, le preguntaban si es que tenía tiempo para tomar algo o dar siquiera unas vueltas por el campus. Por primera vez se sintió halagada y con el poder de escoger, al fin, al chico más lindo y menos vergonzoso.

Su *Facebook* se llenó de *likes*, mensajes y solicitudes de amistad. En *Instagram* consiguió cientos de seguidores en pocas horas, la etiquetaban en páginas que compartían a los rostros más bellos de la semana, del mes. Ahora se sentía bonita, bella, la respetaban y provocaba adeptos. Nunca en la vida creyó que

iba a poseer ese gesto de felicidad que le habían arrebatado desde que comenzó a crecer.

Cuando volvió a casa encontró a su familia reunida para celebrar la inmortalidad estética que había conseguido con la fotografía. Sus primitos, un poco enamorados, la abrazaron para comprobar si su prima mayor era en realidad de carne y hueso. Los vecinos también habían llegado con todo tipo de regalos para llamar su atención. Sus padres estaban orgullosos hasta las lágrimas, porque la frustración del futuro tan incierto de su hijita había desaparecido. Se volvería *influencer* y la contratarían para ser modelo, actriz o cantante. Cualquiera de esos trabajos explotaría día y noche su imagen, su cordura. Se volvería el orgullo de la familia y no sentiría la presión de buscar un marido que la mantenga. Con su belleza conquistaría al mundo y tenía que hacer lo imposible para conservarla.

Recién a la medianoche los invitados comenzaron a irse. La fiesta la había agotado, pero ansiaba seguir saboreando ella misma su fama, su imagen. Era difícil creerlo, había ocurrido tan rápido y parecía una ilusión, una pesadilla. Fue a verse al espejo del baño. Se lavó la cara. Se peinó. Sonrió cuatro, cinco veces. Sacó la ropa más fina que tenía y tomó el maquillaje de su madre: un poco de exfoliante, la pinza para sacarse unos vellitos de la ceja, la crema facial y la loción tónica. También labiales del color del arcoíris, rímel para sus pestañas, extensiones de cabello y esmalte para las uñas, un collar de perlas y dos aretes de oro. Sonrió de nuevo.

Pero no, se dijo, con este gesto no, quizá si intento mirando así, para este lado. Posó más provocativa, como coqueteando a su reflejo, deseando despertar de nuevo su hermosura, preguntándose por qué ahora no aparecía, por qué su piel estaba tan pálida, llena de manchas, arrugas, granos, la papada caída y los

ojos saltones. Tal vez con otra base, pensó, un aclarador de piel, más maquillaje, unos aretes más largos. Más color, más contorno, más textura, sombras, iluminaciones. Quizá otro rostro, pensó. Sí, otra cara. No iba a dejarlo ir tan pronto. No, no podía ser. Tal vez si afino el ancho de mi frente, si acentúo el volumen de mi mentón, si estrecho mi nariz, si la rompo y me ponen otra. Soy bonita, se dijo, al fin me ven, me desean. No lograba volver a la foto. Intentaba, pero no volvía. No regresaba. No, no regresaba.

Cuando se dio cuenta que amanecía, dejó de reconocer sus facciones. Se desesperó y comenzó a tirar las cosas. Tomó desmaquillante y se embarró la cara para limpiarse. Debía retirar de una vez la pintura con la que intentó gozar aquel gesto que se había ocultado en una foto. Rascó su rostro con fuerza y arrancó la primera capa de piel. Luego desgarró sus músculos y clavó sus uñas hasta los maxilares. Sus articulaciones crujieron. Se le soltaron los dedos, la quijada y los hombros. Su mano se disolvió con el agua que corría en el lavadero. Trató de sostener su peso, pero la rodilla terminó por torcerse y luego la cabeza cayó rendida al suelo. Los ojos aún con un poco de vida buscaron el reflejo del espejo, donde ella permanecía, más allá de la fotografía, posando por siempre bella.

CARNE DE CERDO

Juana Inés Rosario Ortega Malqui

Finalista

Juana Ines Rosario Ortega Malqui. «Soy una estudiante de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pero apenas y conozco Lima. Nací y crecí en el sur del Perú, soy natural de Puno, por lo que muchos de mis cuentos están ambientados en lugares del sur. Hace poco gané el concurso de cuentos de la Base 19. Y escribo más fantasía de lo que es recomendable».

—¡Casera! ¡Buenos días! —se acercó la mujer cargando una bolsa verde al puestito de la carnicera— Dame un kilo de chanchito.

—Solo me queda panceta, caserita.

—¿De verdad? Ay, pues. Dámelo. Trocéamelo para guiso.

La mujer sacó su machete y comenzó a trocear la carne. Otra señora, igual que la primera, cargada de una bolsa amarilla llena de verduras se acercó al puesto.

—Caserita ¿tienes mi pedido? —dijo la mujer de amarillo.

—Sí, sí, se lo he guardado.

—Gracias, ¿me lo puedes partir bonito? Las quiero para lomito.

—¡Vecina! —la mujer de la bolsa verde reconoció a la otra— ¿Cómo estás?

—Vecina, buenos días —contestó la otra—. Terrible estamos. Mi marido está tan ocupado que apenas viene a dormir.

—Cómo no, si es el jefe de la comandancia.

—Justo por eso, veci. Tiene un caso nuevo, me ha dicho que es importante.

—No me digas que es por eso, mi marido me lo contó en la mañana. ¿Otro cuerpo ha aparecido?

—Sí, vecina. Bien feo fue. Le llamaron y salió a las cuatro de la mañana, cuando el hombrecito que viene del cerro bajó y lo vio. Solo se veían la cabeza, la entrepierna, las manos y los pies.

—¡Oh por nuestro señor Jesucristo! —la mujer se santiguó— ¿Quién puede cometer tal atrocidad?

—No lo sé, vecina, no lo sé —dijo la señora—. Yo creo que es el hombrecito del cerro, ese que trae sus hierbas extrañas para vender. No creo que pueda vivir sin carne.

—Ay sí, pero... —la mujer se acercó a la otra.

—Es que es raro y esto me lo comentó mi marido, son personas ni gorditas ni flacas, con buenas carnes colgando del cinturón.

—¡Dios mío!

—Mi marido le va a detener y le va a meter bien adentro —aseguró la mujer— Ya verás.

—Sí, vecina.

—Casera, ya está su carne, bien troceada como para guiso —la carnicera extendió una bolsa, con la carne dentro—. Son doce soles.

La mujer de verde contó el dinero y lo puso en la mano de la carnicera. La mujer, cubierta de sangre sonrió.

—Adiós, caserita. Y vecina, saludos a su esposo, espero que atrapen a ese desalmado.

—Sí, sí.

La mujer de verde se fue y la de amarillo se quedó.

—¡Ay! Casera. Dame más chancho, quiero costillar también.

—Caserita —respondió la carnicera— Ya no tengo más chancho, solo me queda el lomo que reservé para usted.

—Ay, por Dios. ¿Tan rápido te lo compran?

—Si pues, caserita. Rapidito me lo compran apenitas abro el puesto. Mi marido tiene que ayudarme a trocear.

—Es que tu cerdo es riquísimo. Nunca había probado una carne así.

—Si pues. Es una nueva raza que estoy criando y carita es su comida. Los queremos mucho y nos da pena degollarlos.

—Bueno, bueno. Dame ese lomo que mi esposo me estará esperando para el almuerzo. No te olvides que para mañana quiero patita, y para el sábado resérvame costillar.

La carnicera le pasó la bolsa y la mujer le pagó por la carne. Se alejó la señora lentamente. El carnicero se acercó desde atrás. Su mujer sin voltear le dijo.

—Papi, tienes que matar a otro para mañana. La señora quiere patita.

El hombre asintió.

Esa noche, en la casa del carnicero se escuchó el grito agónico de un hombre.

Solo aparecieron las manos, la cabeza, los pies y el miembro del jefe de policía.

LOOP SENIL

José Miguel Bellido

Finalista

José Miguel Bellido es estudiante de Literatura en la UNMSM y miembro de Estudiantes por la Libertad. Sus áreas de interés son la escritura creativa y la composición musical. Investiga sobre las narrativas de las ideologías políticas, el desarrollo de las ideas sobre la libertad en los imaginarios literarios y las expresiones de la libertad individual en las poéticas del amor y relaciones humanas.

Loop senil

Las paredes del corredor estaban rasgadas y había cuatro puertas de cada lado. Una mujer descarnada observaba desde un extremo del pasillo a una bombilla amarilla, esta iluminaba tenuemente todo el corredor espacioso. Luego de un tiempo, la mujer dejó de observarla y concentró la mirada en sus pies. Empezó a transitar hacia el otro extremo, sus pasos eran flemáticos y torpes, su mirada se turnaba entre la primera puerta y sus pies. Antes de llegar a la primera que se ubicaba a su mano derecha se detuvo, había una fotografía en el suelo y si daba un paso más hubiera destrozado el cristal que protegía el retrato de un niño. La mujer de pómulos abotagados intentó recoger la fotografía, pero solo pudo inclinar su torso treinta grados aproximadamente. El niño del retrato usaba una camisa blanca y un pantalón rojo, la mujer aprovechó el ancho del pasillo para poder rodear la fotografía turnando la mirada entre sus pies y el retrato, luego continuó su camino hacia el otro extremo. La mujer siguió transitando el pasillo con su andar flemático y torpe, la mirada se turnaba entre la segunda puerta y sus pies. Antes de llegar a la primera que se ubicaba a su mano izquierda se detuvo, había una pelota roja muy pequeña y si daba un paso más hubiera podido caerse fatalmente. La mujer

de labios deshidratados y ojos negros intentó recoger la pelota, pero solo pudo inclinar su torso quince grados aproximadamente. La mujer desistió, sus manos temblaban flemáticas y aprovechó nuevamente el ancho del pasillo para rodear la pelota turnando la mirada entre sus pies y la pequeña esfera. La mujer hizo un giro de ciento ochenta grados aproximadamente alrededor de la pelota, y continuó su andar flemático y torpe turnando la mirada entre sus pies y la pared rasgada de su mano derecha. La mujer llegó al extremo donde había empezado y se detuvo un tiempo corto. La de pómulos abotagados giró sobre su eje ciento ochenta grados y levantó la mirada para observar la bombilla amarilla, esta iluminaba tenuemente todo el pasillo espacioso. Las paredes del corredor estaban rasgadas y había cuatro puertas de cada lado.

CON TODOS Y SIN NADIE

Kristel Dámaso

Finalista

Kristel Dámaso es estudiante del último año de Literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha colaborado como correctora de estilo para la editorial independiente Máquina Purísima, así como para MINCETUR. En 2019, obtuvo el tercer lugar en los Juegos Florales XXIII de la Universidad Ricardo Palma con el cuento «La espera». Actualmente trabaja en su tesis de Licenciatura que gira en torno a la poética de Eielson desde el campo fenomenológico.

Con todos y sin nadie

Elena solía decir que en la vida hay que estar con todos y sin nadie. En su planteamiento se escarbaba la certeza de que es una costumbre perniciosa la del ser humano ir abandonándose en las relaciones sociales. La gente está de paso. Para ella, no era inteligente centrarse en una persona o en un grupo de personas, sino ir transitando entre diferentes círculos de gente. Reír con todos, ser amable con todos, ser educada, aprender, agradar, pero sobre todo saber cuándo callar. Ese era el asunto. En el silencio estaba el nadie. Yo, por supuesto, trataba de cumplir a rajatabla con el proverbio. Era inútil. No tenía la capacidad de separarme a tiempo, de no rabiar desolladamente por Susan, mi mejor amiga, y su pronta amistad con la niña nueva de la escuela; o especialmente por Elena, porque siempre ignoraba las trampas que María José me hacía con los yaces y su mueca socarrona, humillante. En esas circunstancias, la vida me había dado la espalda, todo el mundo, toda felicidad se desterraba de mi corazón de siete años. Me encerraba en el viejo ropero de mi abuelo y lloraba amargamente, esperando a que me buscaran, a que Elena se desesperara por mi ausencia y se lamentara por su traición, por su desdén, por haberse burlado de mi amor despreciado. Esperaba agazapada mientras reprimía mi

llanto, limpiándome los ojos para ver por el resquicio de la puerta qué pasaba allá afuera. Elena seguía con su rutina, hablando con la abuela y con ella no era. Y como nadie se hubiera dado cuenta de mi ausencia, mi plan no prosperaba. Entonces, pensaba en morirme, ahí mismo, morirme en silencio y a oscuras, moriría encerrada y, seguramente, tardíamente, se arrepentirían de haberme olvidado. Encontrarían mi cadáver y llorarían, todos llorarían por mí como nadie hubiera llorado, sería tanta la tragedia que todos los medios cubrirían el acontecimiento y buscarían a Elena para conocer la historia de mi muerte y culparla por toda su indiferencia. Verían la belleza de mi frío cuerpo y me adorarían por ser una niña de nobles sentimientos. Con esa certidumbre entonces me aguantaba el aire viciado y hacía presión en la boca con las manos. Tengo que morirme ahora. Tarde o temprano, ya sea para ponerme a hacer los deberes o pedirme que la ayude con los platos, me buscará por todos los rincones, gritará mi nombre, se lamentará de haberse distraído, de haber perdido el tiempo con los disparates de la abuela o la telenovela de las seis de la tarde; se lamentará de haber roto la carta que le escribiera a Susan mientras me reprendía con esa mirada de horror que no comprendo, se lamentaría —hasta su muerte— de no haberme dejado querer como la quiero, así... con la rabia atravesada en el estómago cada vez que María José era el ejemplo, «porque ella no escribe absurdas cartas, porque ella no toma nada en serio, ¡ella es inteligente!, porque está con todos y sin nadie, mientras tú simplemente me haces la vida miserable».

Cuántas horas perdidas en la soledad de ese ropero. Nadie nunca me buscó ni Elena ni mi abuela, nunca nadie. Solo María José pasaba lacónicamente silbando. Yo sabía que ella sabía de mi plan y se regocijaba de mi fracaso. Cuánta amargura desde

entonces. Pero luego se hacía tarde y de pronto me daba miedo que todos se hayan olvidado verdaderamente de mí, o lo que es peor, de que sigan con sus vidas como si yo nunca hubiera existido, como si Elena nunca me hubiera conocido y anduviera por ahí dándole el amor, que me pertenecía, a otros niños. Me secaba las lágrimas con alguna blusa colgada y corría al baño para lavarme la cara. Solo ahí sentía unas terribles ganas de vaciarme en mis orines. Pero la voz de Elena llamando para la cena. Mi corazón saltaba estremecido. Me lamentaba de mi mala suerte, porque si tan solo hubiese esperado unos minutos... En fin, me quería, indudablemente, me quería, solo era cuestión de tiempo y el plan hubiese funcionado, después de sentir que me lloraba, después de sentir su amor desesperado, de ver su cuerpo adolorido por la pérdida, de que ella podría prescindir de todos... ¡pero nunca jamás de mí! Recién ahí, yo abriría los ojos... ¡resucitaría! y le diría por fin: «no llores más, mamita, no me morí, pero te digo que María José es mala, me hace trampa, y no me rompas mi cartita porque extraño a Susan y quiero que vuelva a ser mi amiga».

AMIR

Luis Olórtegui Ramos

Finalista

Luis Olórtegui Ramos es bachiller de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Miembro de la revista de crítica y teoría literaria *Heterogénea*. Fue ponente en el VI Encuentro de Jóvenes Investigadores en Humanidades con «El mar como la representación metafórica del amor en el personaje de "Catita" en un fragmento de *La casa de cartón* de Martín Adán». Docente de colegio y academias preuniversitarias.

Amir, el nieto mayor de su familia, como todos los miércoles, tenía que hacer las compras semanales. Su abuela le había dejado la lista en la mesa. Se había levantado temprano, había lavado su pálido rostro, peinado sus ralos cabellos, y se había sentado a desayunar. Aunque era relativamente alto, por la estrechez de su cuerpo daba la apariencia de no tener mucha fuerza, sin embargo, desde pequeño había demostrado una férrea afición por las actividades pesadas. Como vivía solo con sus abuelos, él era el único que podía ir al mercado, ya que estaba prohibido el ingreso de los adultos mayores. Comenzaba el segundo mes de la cuarentena y, por lo visto, seguirían muchos más. Cuando terminó de comer, fue al cuarto de sus abuelos y vio que todavía dormían. Como habían estado un poco mal los últimos días, no quiso despertarlos. Se puso la mascarilla de siempre y sus viejas zapatillas. Cuando salió, solo se podían reconocer sus rasos ojos negros.

Amir se formó al final de una larga fila en la que esperaban su turno para entrar al mercado. Algunos ambulantes aprovechaban para vender sus productos. En el suelo, unos pequeños círculos amarillos, separados por un metro de distancia, servían de señal para los aburridos enmascarados. Uno por uno se lavaban las

manos en unos improvisados lavaderos. Los que terminaban, se paraban en una bandeja llena con lejía para desinfectar sus calzados mientras el guardia les tomaba la temperatura. De tanto en tanto, Amir miraba de reojo hacia atrás para asegurarse de que no se le acercaran demasiado. Aunque el día no estaba muy nublado, hacía frío. Se alegró mucho de haber salido temprano, porque ya no se podía ver el final de la cola. El mercado parecía una enorme cripta de plástico. Adentro, el lugar estaba desierto, la mayoría de puestos estaban cerrados y, los que atendían, lo hacían tras una pared traslúcida. Casi no se escuchaba ruido alguno, solo el silencio hacía acto de presencia. Amir se dirigió hacia un puesto, en el que también había que formarse para ser atendido. Esperaban su turno con la solemnidad de quien muestra sus respetos. Parcamente, pidió lo que tenía escrito. Aunque ya había comprado allí varias veces, parecería que su casero no lo reconocía. Eran como dos desconocidos que se encontraban por casualidad.

El carro avanzaba rápido, afortunadamente no había mucho tráfico, por lo que corría a su gusto. Desde dentro, las calles parecían las mismas, los mismos postes, los mismos semáforos, las mismas esquinas. Si uno no fuera de allí, seguramente ya se hubiese perdido. Amir veía las mismas casas que había visto todos los años, eran de diferentes tamaños y colores, pero seguían siendo las mismas. El mismo viaje semanal, la misma rutina y la misma incertidumbre de si las cosas no podían empeorar más. Cuando bajó, Amir podía ver la casa de abuelos desde el paradero. Quedaba al final de calle, la misma deslucida fachada amarilla y el negro portón oxidado de siempre. Las calles también estaban vacías y silentes como si todos ya se hubiesen marchado. Pero

algo sí era distinto, los retoños que antes eran pequeños ahora estaban más grandes y más verdes.

Abrir la puerta era complicado, pues no podía poner las bolsas en el piso. Al entrar, Amir se dio cuenta de que todo estaba a oscuras. Prendió la luz de pasillo, se cambió las zapatillas, las colocó a un lado y desinfectó sus manos con el alcohol que estaba en una silla. Le pareció raro que la casa siguiera en silencio. Dejó las cosas en la mesa. Entró al baño para quitarse la ropa y darse una rápida ducha. A esa hora, su abuelo ya debería estar viendo sus partidos repetidos, y, su abuela, preparando el almuerzo. Terminó de bañarse y fue a su cuarto a vestirse. Se preguntaba si ya debía despertarlos. Como hacía frío, puso a hervir la tetera. Le pareció raro que la casa siguiera en silencio. Ya intranquilo, fue a verlos. Encendió la luz y vio que estaban en la misma posición en la que los había dejado. Como otras veces se quedaba parado en el dintel de la puerta para escucharlos respirar, pero esta vez no logró escuchar nada. Les habló, pero no respondían. Se acercó para moverlos con sus manos, pero no obtuvo respuesta alguna.

En la cocina, la tetera gritaba desconsoladamente.

ACTA DEL I RECITAL DE CUENTOS CORTOS «NUEVAS LETRAS EN EL AIRE»

EN LA CIUDAD DE LIMA, A LOS VEINTISIETE DÍAS DEL MES DE AGOSTO DE DOS MIL VEINTIUNO, SIENDO LAS VEINTIÚN HORAS, SE REALIZÓ UNA REUNIÓN POR SALA GOOGLE MEET, A SOLICITUD DE GLADYS CHAMBILLA ALELUYA, DIRECTORA DEL PROYECTO, PARA CERTIFICAR LOS RESULTADOS DEL I RECITAL DE CUENTOS CORTOS «NUEVAS LETRAS EN EL AIRE». INTEGRANTES DEL JURADO CALIFICADOR:

- JEAN PAUL ESPINOZA
- SERGIO LUJÁN
- RONY VÁSQUEZ GUEVARA
- ÁNDERSON ÁLVAREZ
- JORGE BULLÓN

DE UN TOTAL DE 16 TRABAJOS PARTICIPANTES SE ACORDÓ SELECCIONAR AL CUENTO GANADOR Y LOS CINCO (5) TRABAJOS FINALISTAS, EL JURADO CALIFICADOR SELECCIONÓ POR MAYORÍA AL GANADOR.

A CONTINUACIÓN, SE ABRIERON LOS ARCHIVOS CORRESPONDIENTES A FIN DE DETERMINAR LA AUTORÍA DE LA OBRA GANADORA Y FINALISTAS DEL I RECITAL DE CUENTOS CORTOS «NUEVAS LETRAS EN EL AIRE». ESTAS SON:

Puesto	Título	Seudónimo	Autor
Primero	El escribidor	El caballero de los parques	Carlos Daniel Ventura
Finalista	Por siempre bella	Proza	César Nelson Díaz Yamaguchi
Finalista	Carne de cerdo	Rosa Cadena	Juana Inés Rosario Ortega Malqui
Finalista	Loop senil	El gato vegetariano	José Miguel Bellido
Finalista	Con todos y sin nadie	Silvia Ann	Kristel Dámaso
Finalista	Amir	Zet Zpirit	Luis Olórtegui Ramos

DEL CUENTO GANADOR EL JURADO CALIFICADOR DEL I RECITAL DE CUENTOS CORTOS REFIERE LO SIGUIENTE:

> «EL ESCRIBIDOR» ES UN RELATO QUE CONDENSA UNA NARRACIÓN ORGÁNICA, SOBRE TODO, DADO A SU BREVEDAD. MÁS ALLÁ DE LA HISTORIA NARRADA, DESARROLLA UNA TÉCNICA QUE VISLUMBRA EL CONOCIMIENTO Y PERICIA DEL AUTOR EN EL MANEJO DE LA TÉCNICA NARRATIVA. EL CUENTO POSEE UNA IRONÍA DOSIFICADA QUE LE OTORGA CIERTA FRESCURA A LA LECTURA DEL CUENTO. ESTE ELEMENTO ES EL QUE MÁS RESALTA, INCLUSO DESDE LOS PROPIOS NOMBRES DE LOS PERSONAJES. ADICIONALMENTE A ELLO, SIN DUDA ALGUNA, POR EL DESPLIEGUE DEL RITMO QUE HACE AL NARRAR, ES UN GRAN MERECEDOR DEL PRIMER LUGAR.

RECITAL DE CUENTOS CORTOS

Nuevas letras en el aire